

Excerpt from “**American Like Me**” by Viet Thanh Nguyen

Time Magazine, Nov. 26/Dec. 3, 2018

I never said “I love you” when I was growing up because my parents never said “I love you” to me. That does not mean they did not love me. They loved me so much that they worked themselves to exhaustion in their new America. I hardly ever got to see them. When I did, they were too tired to be joyful. Still, no matter how weary they were, they always made dinner, even if dinner was often just boiled organ meat. I grew up on intestine, tongue, tripe, liver, gizzard and heart. But I was never hungry.

The memory of that visceral love, expressed in sacrifice, is in the marrow of my bones. A word or a tone can make me feel the deepness of that love, as happened to me when I overheard a conversation one day in my neighborhood drugstore in Los Angeles. The man next to me was Asian, not handsome, plainly dressed. He spoke southern Vietnamese on his cell phone. “*Con oi, Ba day. Con an com chua?*” He looked a little rough, perhaps working class. But when he spoke to his child in Vietnamese, his voice was very tender. What he said cannot be translated. It can only be felt.

Literally, he said, “Hello, child. This is your father. Have you eaten rice yet?” That means nothing in English, but in Vietnamese it means everything. “*Con oi, Ba day. Con an com chua?*” This is how hosts greet guests who come to the home, by asking them if they have eaten. This was how parents, who would never say “I love you,” told their children they loved them. I grew up with these customs, these emotions, these intimacies, and when I heard this man say this to his child, I almost cried. This is how I know I am still Vietnamese, because my history is in my blood and my culture is in my umbilical cord.

Extracto de “Americano como yo” by Viet Thanh Nguyen

Time Magazine, Nov. 26/Dec. 3, 2018

Nunca dije "Te amo" cuando estaba creciendo porque mis padres nunca me dijeron "Te amo". Eso no quiere decir que no me querían. Me amaron tanto que trabajaron hasta el agotamiento en su nueva América. Casi nunca los veo. Cuando lo hice, estaban demasiado cansados para estar alegres. Sin embargo, no importaba lo cansados que estuvieran, siempre hacían la cena, incluso si la cena solía ser simplemente carne de órgano hervida. Crecí en el intestino, la lengua, las tripas, el hígado, la molleja y el corazón. Pero nunca tuve hambre.

El recuerdo de ese amor visceral, expresado en sacrificio, está en la médula de mis huesos. Una palabra o un tono pueden hacerme sentir la profundidad de ese amor, como me pasó cuando escuché una conversación un día en la farmacia de mi vecindario en Los Ángeles. El hombre que estaba a mi lado era asiático, no guapo, bien vestido. Habló en el sur de Vietnam por su teléfono celular. "Con oi, Ba día. ¿Con una com chua? "Parecía un poco rudo, quizás de clase trabajadora. Pero cuando habló a su hijo en vietnamita, su voz era muy tierna. Lo que dijo no puede ser traducido. Solo se puede sentir.

Literalmente, dijo, "Hola, niño. Este es tu padre. ¿Ya comiste arroz? "Eso no significa nada en inglés, pero en vietnamita lo es todo. "Con oi, Ba día. ¿Con an com chua? ". Así es como los anfitriones saludan a los huéspedes que vienen a la casa preguntándoles si han comido. Así fue como los padres, quienes nunca dirían "Te amo", les dijeron a sus hijos que los amaban. Crecí con estas costumbres, estas emociones, estas intimidades, y cuando escuché a este hombre decirle esto a su hijo, casi lloré. Así es como sé que sigo siendo vietnamita, porque mi historia está en mi sangre y mi cultura está en mi cordón umbilical.